



ESTOY AQUÍ

Ilustrador **Antonia Roselló**

En carne propia

Acostumbrado a observar detrás de un microscopio todo el tiempo debido a mi profesión, recuerdo cómo me emocionaba descubrir una leucemia en un frotis de sangre, llamaba a mis colegas tecnólogos médicos para compartir el hallazgo, que por lo demás era muy infrecuente; eran tiempos de aprendizaje y de alimentar el caudal intelectual que siempre es necesario en mi oficio. Con delicadeza y frialdad guardaba esta lámina de vidrio como un tesoro, en una caja de madera diseñada para el caso, clasificando los tipos de leucemia.

Un día de esos, como todos en mi rutina de laboratorio, recibí el resultado de mi propia Biopsia de colon que me habían realizado en un control médico. Lo abrí y leí incrédulo, acostumbrado a interpretar el significado de cada palabra en medicina, me sentí por primera vez como un espécimen recostado sobre un vidrio. Sentenciaba...“Adenocarcinoma de colon de 5 cms”.

Lo leí una y otra vez, mientras un balde de agua fría corría por mi cuerpo; el papel me pareció de granito y sobre él, escrito un epitafio cuya nefasta sentencia indudablemente era cáncer de colon.

Recordé que fue lo que me llevó a realizarme la biopsia... unos días antes estaba viendo la película “más allá de los sueños” y comí un pote gigante de cabritas. Horas después tuve una gran hemorragia digestiva y mucho dolor. Todo calzaba, el tumor era tan grande que las cabritas exfoliaron parte del tumor que asomaba dentro del intestino. Benditas cabritas, si no hubiese sido por la sucesión de acontecimientos, no habría habido causa y efecto y no estaría contando el cuento. A veces el destino te avisa o manda señales, sobre todo si aún tienes alguna misión que cumplir.

Todo tiene su qué...pensé, ya más repuesto del impacto. No volveré a ver con frialdad una gota de sangre. Detrás de cada ensayo hay una vida expectante. Ahora, solo debo aceptar someterme y ser uno más entre ellos, los enfermos de cáncer; quienes me parecían lejanos, esos mismos que lo ven a uno como invulnerable por el solo hecho de usar delantal blanco. Ahora formaré parte de la cofradía.

De la noche a la mañana crucé el muro, desde observador a observado. Con un catéter bajo mi clavícula, asistí sagradamente a mi quimioterapia. Le llamaban “El Club del Cangrejo”, a fin de bajarle el perfil a la realidad. Rostros adustos se perfilaban en cómodos sillones con sus vías endovenosas, se dibujaban como bocetos atemporales fuera de la realidad mundana. Creo que al igual que yo, sentían que de pronto fueron separados de este mundo. Con el tiempo aprendí a alegrarles contándoles un chiste cada vez que iba y decirles que aún estaban vigentes sin fecha de vencimiento.

De ahí después pasaba a radioterapia, y luego a casa a descansar. Veía en la tarde una serie de moda en esa época; “El inmortal” solo se les mataba si les cortaban la cabeza. Tal vez, la disfrutaba porque inconscientemente asimilaba su simbolismo y me negaba a perder la esperanza.

Hoy han pasado 24 años desde aquel diagnóstico lapidario y, por alguna razón estoy escribiendo estas líneas para dar testimonio que le puede pasar a cualquiera. Y que a pesar de lo impactante que pueda ser, siempre deja una enseñanza y sin duda se crece.

Sigo mirando a través de un microscopio, y le enseño a mis alumnos de pregrado que nunca olviden vislumbrar la compasión detrás de cada nuevo descubrimiento.

